

El gurú de Lenny Kravitz

Benjamín Noriega-Ortiz

Cuatro casas le ha decorado este diseñador neoyorquino al rockero Lenny Kravitz. Sin embargo, su sueño es diseñar un templo budista o un convento. "Me encanta crear paz con mis interiores", dice.



A diferencia de otros diseñadores, Benjamín Noriega-Ortiz no creció rodeado de obras de arte o asistiendo a la ópera los fines de semana. "La primera vez que fui a un museo, ya estaba en el college", confiesa este destacado decorador portorriqueño desde las oficinas de su firma, BNO Design, en Nueva York. "Mi familia no estaba para nada interesada en el arte o el diseño. Siempre pensaron que yo era un poco raro y aún no entienden lo que hago...". Su pasión por la belleza, en cambio, viene de haber crecido en Puerto Rico. "Nunca fui al teatro o al cine cuando niño, pero estar rodeado del mar y el viejo San Juan, en ese ambiente relajado y hermoso, fue crucial para mi futuro", comenta el decorador. Después de obtener dos máster en arquitectura, uno de la Universidad de Puerto Rico y otro en la Universidad de Columbia, Benjamín se convirtió en el jefe del área de diseño de la firma de John Saladino, uno de los arquitectos más célebres de la década del 80 en Nueva York.

En 1992 abrió las puertas de su propia empresa y a los pocos días sonó el teléfono anunciando la llegada de su primer cliente, el diseñador de modas Steve Fabrikant. "Saladino tenía preferencia por las antigüedades y otros elementos decorativos que no me interesaban. Por eso decidí lanzarme solo en una línea más artística, limpia y moderna", explica. "Si hay algo que todos mis espacios tienen en común,

es que son muy calmados, serenos, y no me importa el pedigrí o el precio del mobiliario. Los uso como esculturas", advierte.

Esa libertad, tan atrevida como original, es la que ha cautivado a una larga y distinguida lista de clientes, incluyendo a Laura Esquivel, Michael Jordan, Cartier, los hoteles "W", Sean "Diddy" Combs –en cuya oficina y residencia está trabajando por estos días– y Lenny Kravitz, para quien diseñó su departamento en Manhattan y sus casas en Miami, Bahamas y New Orleans.

–De las cosas que has hecho, ¿cuál ha sido la más desafiante?

–Cada proyecto es desafiante, de otro modo no lo aceptamos. Ha habido clientes que nos han encargado más de un proyecto, como Lenny Kravitz, para el que construimos cuatro casas. Uno de los desafíos, en esos casos, es hacer que cada proyecto se vea diferente.

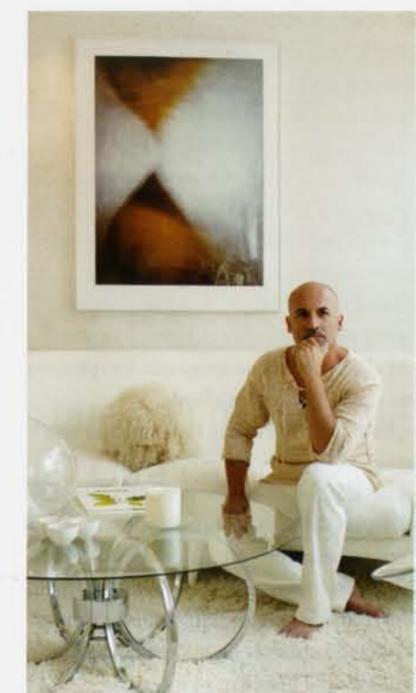
–¿Cuál fue el primer proyecto que hiciste para él?

–Su departamento en Nueva York. Como quedó contento con el resultado, nos encargó su residencia en Miami Beach y sus casas en New Orleans y Bahamas.

–¿Cómo es trabajar con alguien que tiene tan claro su propio estilo?

–Muy fácil, porque sabes qué esperar. Te dicen lo que les gusta y lo que no inmediatamente. Lo más difícil es diseñar para alguien que no sabe lo que quiere.

Decenas de celebridades le han entregado sus casas a este decorador, cuyo estilo se caracteriza por inspirar serenidad.





—¿Con alguien como Kravitz, no existe el peligro de que el diseñador se convierta sólo en un intermediario?

—Eso nunca sucedió con él. Le sugerimos muchas ideas e hicimos el proyecto de acuerdo a sus gustos, que es lo que hacemos con todos los clientes. Cada interior es personalizado, de modo que el resultado final parece haber sido diseñado por él. Nos acomodamos al estilo de cada cliente, entonces, como en el caso de Lenny, si le gusta el mobiliario de los '70 y '60, lo incluimos en el diseño. Creo que nuestra contribución, en este caso particular, fue hacer que se diera cuenta de que una pieza del siglo XIX podía convertirse en algo moderno. Le enseñé a mirar las cosas desde otro punto de vista, más moderno, de modo que muchos períodos diferentes pudieron integrarse a una sola habitación. Por eso le gustó tanto trabajar con nosotros.

—Otra de tus clientas es Laura Esquivel...

—Sí, ella es una buena amiga mía. Fue primero mi amiga y luego mi cliente.

—¿Es más difícil o más fácil trabajar con amigos?

—Con algunos amigos se puede trabajar, con otros, no. Como la conocía de antes, fue muy fácil trabajar con ella. La diferencia de trabajar con amigos es que estás realizando un proyecto para alguien que conoces bien, no lo conoces durante el proceso de diseño.

—¿Ella sabía bien lo que quería?

—Sí, tenía una idea muy clara, pero pudimos trabajar en su concepto. Laura es una mujer muy de la tierra, muy mexicana, le gustan los materiales naturales... El segundo departamento que hicimos para ella en Nueva York es muy minimalista, para que pueda poner todos los objetos que quiera. La cocina, por ejemplo, es muy sencilla, con cabinets de madera para que pueda colgar cosas sobre ellos.

—¿Cómo describirías tu estilo?

—Lo que tienen en común todos mis espacios es que son muy calmados, muy serenos y tienen algo de drama. Mi sentido del color es muy atrevido. Otra característica es que no dependen del pedigrí del mobiliario. No me importa si una mesa cuesta 10 dólares o 10 mil. Mientras me diga algo, puedo usarla. Uso los muebles más como esculturas en el espacio, que como algo simplemente práctico. Eso te da la libertad de usar cualquier cosa, y como no cobramos comisión, sino por hora, podemos comprar a cualquier precio.

—También has trabajado en proyectos comerciales...

—Sí, ahora estamos haciendo un hotel "W" en Puerto Rico, en Vieques. Me encanta el trabajo en hoteles, especialmente para una cadena como ésta, que es muy moderna y actual, y su clientela es muy "hip" y a la moda.

—¿Tienes un proyecto soñado?

—Siempre digo que me gustaría diseñar

un lugar de relajación o religioso, ya sea un monasterio, un convento, un templo budista... algo que tenga que ver con espiritualidad.

—¿Por qué?

—Porque me encanta crear paz con mis interiores. Los lugares que tienen que ver con el espíritu deben ser así por definición. Y sería fantástico si tuviera un presupuesto muy pequeño.

—¿Esa conexión con el espíritu es uno de los objetivos del diseño de interiores?

—Creo que el gol del diseño de interiores es crear una reacción emocional, un espacio que te deje sin aliento.

—¿Cuándo fue la última vez que sentiste esa sensación?

—La siento cada vez que entro a mi departamento. Me encanta. Llevo tres años ahí. Es completamente blanco, y es muy interesante, porque todo está definido por formas y texturas, no por el color. Es un lugar con mucha fantasía y sorpresa. Cuando abres la puerta, lo primero que ves es un par de gallos taxidérmicos en la escalera. Es muy surreal, muy imaginativo. ■

Manuel Santelices | Corresponsal
fotos: Thomas Shelby, Joshua McHugh
y Antoine Bootz



“Lo que tienen en común todos mis espacios es que son muy calmados, aunque mi sentido del color es muy atrevido. Otra característica es que no me importa el pedigrí del mobiliario. Una mesa puede costar 10 dólares o 10 mil”, afirma el decorador.